

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año II.-Núm. 73

Barcelona 14 de Julio de 1917

10 céntimos

HUMORADA

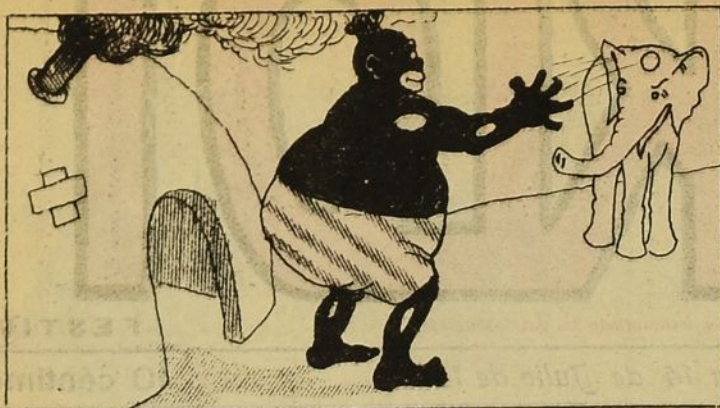
CHARLOTESCA



Charlot, que es chico formal,
sentó plaza y fué soldado,
y veréis lo que ha pasado,
en la página central.

Ayuntamiento de Madrid

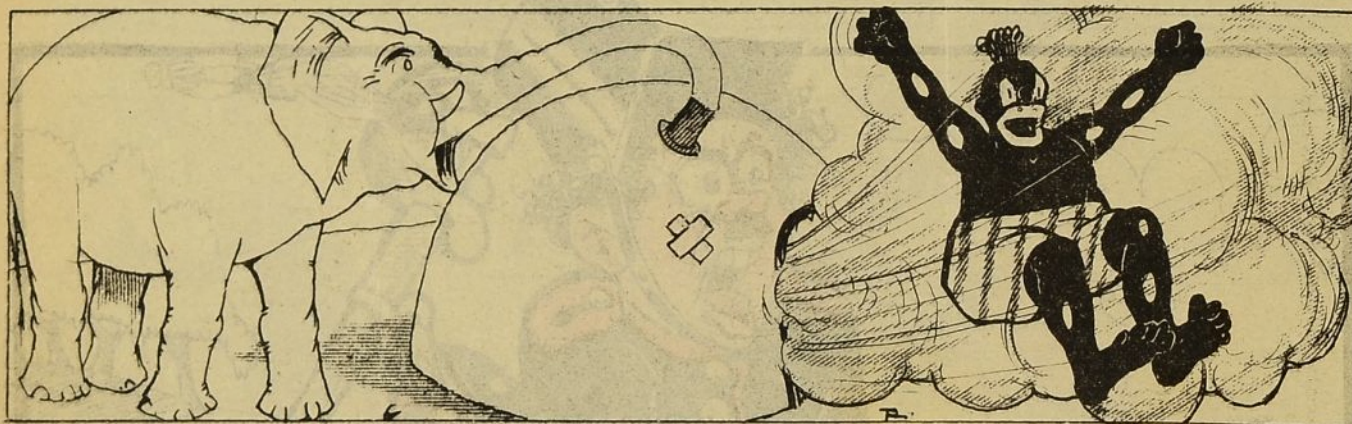
MAL VECINDARIO



Guachunga Mandinga era un negrito que se divertía tirando piedras...



y escondiendo el bulto; pero sucedió que aun paquidermo vecino suyo le incomodó la bromita.



y tuvo que mudarse de domicilio.

¡QUE VERBENA!

En la azotea de la casa donde vivía la novia de Charlot, estaba todo preparado para celebrar alegremente la verbena.

El programa de los festejos era sugestivo y variado de verdad. Iluminación a la Veneciana, elevación de globos aerostáticos, concierto, bailes amenizados con un acordeón de tres teclados, gaseosas y cervezas heladas, etc., etc., pero el «clou» de la fiesta consistía en el disparo de un magnífico castillo de fuegos artificiales, donde Charlot luciría sus cualidades de experto pirotécnico.

Doña Leona, la mamá de la novia de Charlot había tenido ya la precaución de avisar solamente a un individuo de cada familia de las que formaban el numeroso contingente de la casa, (cinco pisos con cuatro puertas cada uno) con el fin de que pudieran admirar la arrogancia, arrojo y gallardía de su futuro yerno.

Llegó la hora de dar principio al programa. La azotea presentaba el aspecto de las grandes solemnidades. Un sinnúmero de macetas y cajones llenos de tierra adornaban la estancia, las clavelinas, geráneos, rosales y otras plantas más o menos domésticas, llenaban el ambiente de perfumados olores, que unos conejos y gallinas, con sus no muy higiénicos hedores trataban de contrarrestar desde sus artísticas jaulas; al fondo, y a lo alto, un soberbio palomar donde se cobijaban pacíficos palomitos.

Repartidos en gran profusión una docena de farolillos con su correspondiente vela de cinco céntimos iluminaban espléndidamente aquel sitio donde uno se creía transportado en el Paraíso o en el Arca de Noé.

A lo lejos, el resplandor ténue de las hogueras, y llegaban los ecos de manubrios, gramófonos, acordeones, armas todas primitivas y usadas públicamente.

Por el patio de la casa subían las notas alegres pero bastante desatinadas de una muchacha que cantaba el couplet de moda, que con acompañamiento de platos y cacerolas se daba prisa a lavarlos para poder asistir a la fiesta.

Cómodamente sentados en sillas de todas clases y edades estaban ya, la novia de Charlot; Doña Leona, su mamá, hacía los honores de la azotea saludando y colocando a todos los asistentes. Doña Rosa, viuda en cuartas nupcias, sin hijos, retirada con una modesta pensión que le dejó su marido número tres, con su «Lolita», una gata que heredó de su primer marido; Don Angel, Coronel también retirado con una

pensión no tan modesta, con su esposa, ambos sin hijos, Don Angel con un genio de mil demonios y unos bigotes kilométricos, y Doña Modesta con más pretensiones que un recaudador de cédulas personales; Doña Cándida con su hijo Pepe de diez años de edad, delgado como un fideo y más travieso que una lagartija, el cual está atormentando a «Lolita» la gata de Doña Rosa; una familia vasca compuesta de Doña Virtudes y sus tres hijas Fé, Esperanza y Caridad; Don Ramón, Doña Juana y otros de menor cuantía.

Al dar D.^a Leona, con su característica amabilidad, la bienvenida a D.^a Catalina, y darle el—Buenas noches, Doña Cata... ¡Pum! Charlot disparó el aviso. Atención general, espanto de «Lolita», conejos, gallinas y palomos. Iba a empezar el disparo del ramillete. ¡Zis! ¡Zas! dos cohetes, magistralmente encendidos, alcanzan aproximadamente, una altura de 1934 metros sobre el nivel del mar, según cálculo matemático de D. Angel.

Aun miraban el efecto luminoso y sorprendente de los cohetes, xí, xí, xí, una rueda absorbe la atención de los contentullos, da unas cuantas vueltas, pam, pam, se acabó la rueda.

¡Zis! ¡Zas! otros dos cohetes hacen exclamar un ah!!!! y dirigir las miradas hacia las regiones etéreas, cuando: ¡Pam! ¡Peem! ¡Piim! ¡Poom! ¡Puuum! ¡Zas! ¡Zes! ¡Zis! ¡Zos! ¡Zus! varias explosiones y gran iluminación sorprende a los concurrentes que horrorizados ven que el depósito de las ruedas, cohetes, petardos y otros explosivos se había incendiado, no se sabe como.

Doña modesta grita, Doña Leona ruge, las de la familia vasca caen en basca, Don Angel, lleno de valor quiere apagar el fuego, saliendo con una parte del bigote chamuscado, y Charlot, estupefacto al contemplar destruidas sus ilusiones como castillo de fuegos artificiales y en aquel mar, digo, azotea de confusión destaca la voz de ¡fuego! pues el palomar estaba ardiendo y los palomos achicharrándose. Llegaron los bomberos, en un momento apagaron el incendio, renaciendo la calma en aquel poco antes teatro de tantas desdichas.

Y el pobre Charlot (pobre Charlot!) tuvo que pagar indemnización al dueño del palomar, y a un barbero para arreglar el físico a Don Angel y una botella de Agua Naf triple a Doña Rosa por haber repartido una que guardaba de su segundo marido, entre los concurrentes.

Fr. Cebolla



temperatura, mistres Auda sentía más vivas inquietudes, procedentes de muy distinta causa.

En efecto; varios viajeros habían bajado del tren y se paseaban por el andén de la estación de Green-river, y entre ellos la joven reconoció al coronel Stamp W. Proctor, aquel americano que se portó tan groseramente con Mr. Fogg, durante el meeting de San Francisco.

Mistres Auda, para no ser reconocida, se inclinó hacia atrás.

Esta circunstancia impresionó vivamente a la joven, que se había adherido a aquel hombre que, aunque con su habitual frialdad, le daba diariamente pruebas de la mayor consideración.

No comprendía, sin duda, toda la profundidad del sentimiento que le inspiraba su salvador, creyendo aún que no pasaba los límites del agradecimiento; pero, sin que ella lo sospechara, había mucho más que esto.

No es, pues, extraño que se le oprimiera el corazón cuando reconoció el grosero personaje a quien Mr. Fogg quería pedir tarde o temprano, cuenta de su conducta.

Era de suponer que sólo a la casualidad se debiese el hecho de que el coronel Proctor fuese en aquel mismo tren; pero, en fin, allí estaba, y era preciso impedir a todo trance que Mr. Fogg viese a su adversario.

Cuando el tren se puso otra vez en marcha, mistres Auda aprovechó un momento en que dormía Mr. Fogg para poner a Fix y a Picaporte al corriente de lo que pasaba.

—¡Proctor en el tren!—exclamó Fix.—Tranquilizaos señora, porque antes que a Mr. Fogg me corresponde a mí pedirle satisfacción. Fui yo el más gravemente insultado.

—Además—añadió Picaporte,—yo me encargo de él.

—Mr. Fix—repuso mistres Auda,—Mr. Fogg, no dejará a nadie el cuidado de vengarle.

Es capaz de volver a América, como ha prometido, para buscar a ese insolente.

Por lo tanto si llega a ver al coronel Proctor, no podremos evitar un desafío que puede traer funestos resultados.

Es preciso que no le vea.

—Tenéis razón, señora—respondió Fix,—un duelo podría echarlo a perder todo, porque, vencido o vencedor, Mr. Fogg se retrasaría, y...

—Y esto—interrumpió Picaporte,—haría el juego de los señores del Reform-Club. Dentro de cuatro días, estaremos en New-York, y si en cuatro días mi amo no sale del vagón, se puede esperar que la casualidad no

le ponga delante de ese maldito americano a quien Dios confunda. De todos modos sabremos impedir...

La conversación fué interrumpida por haber despertado mister Fogg, que se puso a mirar la campiña.

Después, y sin ser sentido de su amo, ni de mistres Auda, Picaporte preguntó al inspector de policía:

—¿De veras os batiríais por él?

—Haré cuanto esté de mi parte para que llegue vivo a Europa—respondió Fix, con acento que indicaba una voluntad incontrastable.

Picaporte se estremeció, pero no por eso se debilitaron sus convicciones respecto a la honradez de su amo.

¿Habría un medio de retener a Mr. Fogg, en el vagón para evitar que se viese con el coronel?

Fácilmente se conseguiría esto, atendido el carácter reposado y nada curioso del gentleman. El inspector de policía creyó haber hallado este medio, porque algunos momentos después dijo a Mr. Fogg:

—¡Qué pesadas y lentas pasan las horas en el tren!

—En efecto—respondió el gentleman,—pero pasan.

—A bordo de los paquebots—repuso el inspector,—teníais la costumbre de jugar al whist.

—Sí—respondió Mr. Fogg,—pero aquí es difícil: faltan naipes y jugadores.

—¡Oh! Los naipes no hay más que comprarlos; se vende de todo en los trenes americanos. En cuanto a los jugadores, si por casualidad la señora...

—Sí, señor—respondió vivamente la joven,—sé jugar al whist; forma parte de la educación inglesa.

—Pues yo—repuso Fix,—tengo la pretensión de jugar bien a ese juego; entre los tres y un ausente...

—Como gustéis—respondió Mr. Fogg, satisfecho de poder entregarse a su juego favorito, hasta en ferrocarril.

Picaporte fué en busca del steward, y volvió en seguida con dos barajas, fichas, tantos y una mesita forrada de paño; nada faltaba.

Empezó el juego.

Mistres Auda jugaba bastante bien, por lo que mereció algunos elogios del severo Mr. Fogg; el inspector era un jugador de primera y digno competidor del gentleman.

—Ahora—pensó Picaporte,—ya le tenemos seguro. No se moverá.

A las once de la mañana llegó el tren a la línea divisoria de las aguas de los dos Océanos, en Passe-Bridger, a una altura de 7.524 pies ingleses sobre el nivel

(Continuará)

Mi amigo Don Apolinar

Mi querido amigo Don Apolinar es un hombre maniático hasta más no poder y además, el pobrecito es más loco que una cabra. Pero mi amigo, a pesar de su locura, tiene momentos de lucidez cerebral... cuando me paga el café o me regala pitillos o chufas de leche.

Y no vayan a creer los lectores que estas menudencias me salen de balde. Muy por el contrario, porque como comprenderéis, lo que me ahorro en esto lo gasto en comprar paciencia a Job para soportar sus gansadas.

Y lo peor del caso es que todos los días me da la lata. Tiene la manía de haber vivido en todas las épocas y de haber conocido a todos los personajes que abandonaron este podrido queso de bola que llamamos mundo.

Siempre que se le ocurre hablarme de lo que se divirtió celebrando concursos de natación cuando el Diluvio, aviso a mi familia para que no pase cuidado por si tardo en volver a casa dos o tres semanas y aún me quedo corto.

Y no os quiero decir nada, lectores, de los ratitos que me hace pasar refiriéndome las travesuras que cometió con Homero.

Pues cuando me cuenta los chotis *que se marcó* con Cleopatra. ¡Es ya el colmo!

Para no molestar a mis lectores con las gansadas de Don Apolinar, solo diré que este señor (según él) ha sido secretario particular de Wifredo el Velloso y de Romanones, que ha atravesado los Alpes con Aníbal y ha subido al Tibidabo con Belmonte, que ha tenido la dicha de jugar al siete y medio con Caín, que ha echado canas al aire con el Gran Capitán, que ha saltado a la comba con Romeo y Julieta, que ha comido garbanzos torrados con Abderramán I, y sin fin de cosas que no digo para economizar papel.

Yo, como se comprenderá, tengo que resignarme a escucharle, porque si no ¡adiós café, pitillos y chufas!

Ahora le ha dado la manía de hacer de nuevo Nerón incendiando de nuevo Roma. No se pueden figurar los lectores lo que me río oyendo sus proyectos incendiarios. Muchas veces le digo:

—Don Apolinar; no vaya usted a confundir a Barcelona con Roma.

Y él me responde:

—Si no encuentro otra cosa más apropiado para el caso, no tendré más remedio.

—¡Carape! ¿Sería usted capaz?

—Fíjese usted si sería capaz, que es mi ilusión dorada.

—Pues cuando lo vaya usted a hacer, tenga la bondad de enviarme un aviso para que me pueda poner a salvo.

—Se equivoca usted, amigo; porque la cuestión de mi genial idea es convertir en antorchas a todas las personas.

Desde el momento que me dijo esto de las humanas antorchas, por lo que pudiera ocurrir, tengo a mi servicio una brigada de bomberos con un surtido material de incendios.

El otro día, si me llevo a descuidar, me quema vivo el loco de Don Apolinar.

Fué a su casa con el objeto de que me convidase a almorzar, y con el primero que me encuentro es con mi amigo, que salió a recibirme con una túnica blanca, bordada de artísticos pepinos y con una corona de ajos y rábanos en la cabeza.

—¿Qué hace usted así?—le pregunté, conteniendo a duras penas la risa.

—Soy Nerón resucitado—me contestó.

Estuve a punto de meterle dos reales de bota en la rabadilla, al oír esto.

Siguió hablando Don Apolinar:

—Y, apropósito, gran Petronio, has venido en este momento que ni pintado, porque te voy a pedir un favor.

—Mande lo que quiera el gran Nerón—le dije pitorreándome.

—¿A ti te gusta la muerte?

—Ni con bicarbonato la puedo digerir.

—Es que la va a probar ahora. Va a ser una muerte deliciosa.

—¡Cebolla!—le dije asustado—¿y no puede convidarme a otra cosa?

—¿Te parece poco?

—No, que me parece demasiado para mí; porque como usted comprenderá, yo no estoy acostumbrado a estos manjares, y seguramente que si los como me va a dar un cólico.

—Bueno; basta ya. Vente conmigo.

Me cogió de una oreja y casi me elevó arrastrándome hacia un rincón del jardín en donde había una ciudad en miniatura.

—¿Ves esto?—me preguntó, señalándome la pequeña ciudad de juguete.

No le contesté de miedo que tenía.

—Vamos a morir quemados los dos—continuó él.

—¡No... no... muchas gracias!... Se lo agradezco mucho... muchísimo—balbuceé.

Encendió una cerilla y empezó a quemar la pequeña ciudad, al mismo tiempo que cantaba un poema con música de «La Castañera».

—Prepárate para morir, gran Petronio—me dijo.

—Pero, si yo no soy Petronio, Don Apolinar. ¡Que me confunde V.

—Déjate de pamplinas, porque ahora mismo vamos a morir los dos entre las llamas de esta ciudad.

—Bueno; antes, deme un pitillo.

Me dió el pitillo y empezó a cantar:

—¡Adiós, Roma querida; ya no volveré a verte más en la vida!

Y después, dándome un mordisco en el cogote, me preguntó:

—¿Deseas algo, antes de morir?

—Sí, divino y grandioso Nerón: quisiera cambiarme de calzoncillos para entrar un poco decente en el otro mundo, porque estos que llevo, de la emoción que me causa el morir asado, se han ensuciado.

—Bueno; veo que tienes razón. Vé a tu casa y múdatelos, pero regresa en seguida porque te espero para tostarnos.

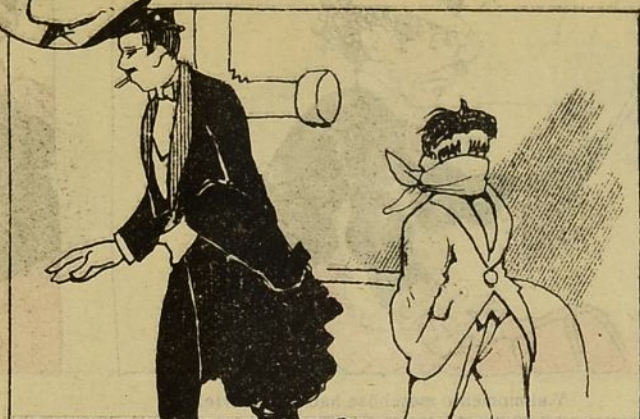
Decirme esto y apretar a correr todo fué una cosa. Sin miedo a exageración, puedo afirmar a mis lectores que estuve corriendo tres días sin parar; y también puedo afirmar que siempre que veo a Don Apolinar, huyo de él como alma que lleva el diablo, para evitar que mi muerte sea como la de aquel santo que murió en las parrillas.

Pascual Martínez Surroca

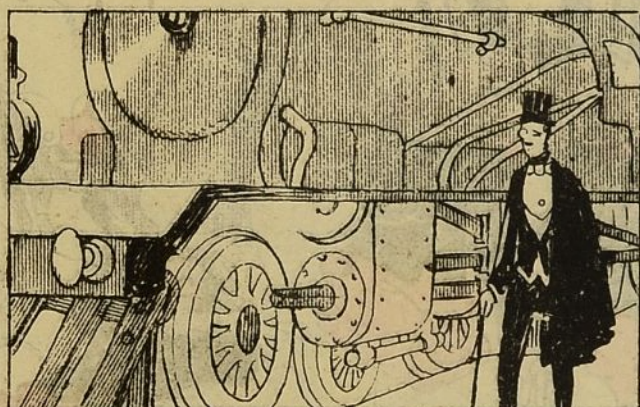


Cocoliche

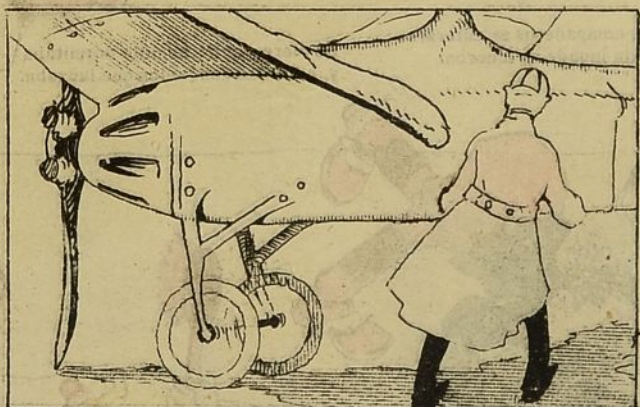
el Rey de los detectives, contra Lord Finuelle
(a) JON. C. JAKSON, el rey de los ladrones



Tragavientos fué sujeto y amordazado por el intruso, que muy tranquilamente y dueño de la situación, puso en libertad a Jon C. Jackson.



El tren exprés esperaba la señal de partida, y un caballero elegantemente vestido presenciaba el trasbordo de su equipaje, el cual lo constituía una caja de grandes dimensiones.



En el hipódromo había un magnífico aeroplano a punto de marcha. Dos hombres de muy diferente estatura se dirigieron a él, y a los pocos momentos se remontaban en el espacio en medio del ensordecedor ruido del potente aparato.

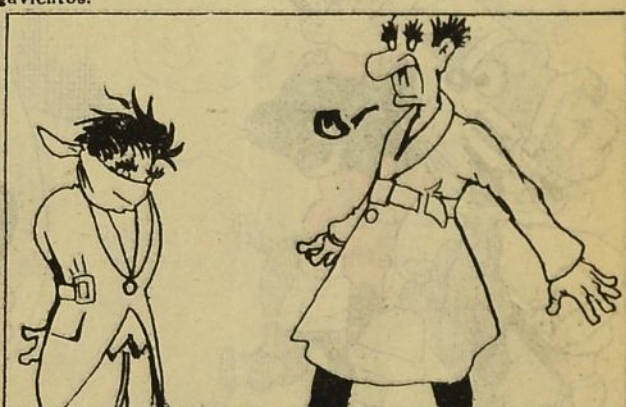


Pronto fué alcanzado el convoy por el aeroplano y pudo verse como uno de los intrépidos que lo pilotaban, se deslizaba atrevidamente por una cuerda...



¿Quién era el otro? se preguntarán nuestros lectores.

Pues era sencillamente, el hermano gemelo de Jon C. Jackson, como pueden ver en el presente dibujo, cosa que ignoraban Cocoliche y Tragavientos.



Cocoliche estuvo a punto de desesperarse diez veces y Tragavientos otras tantas, pues no sabían explicarse como Jon C. Jackson estaba en dos sitios a la vez. Pero de pronto frunció el entrecejo y dijo a su ayudante: ¡Sígueme!

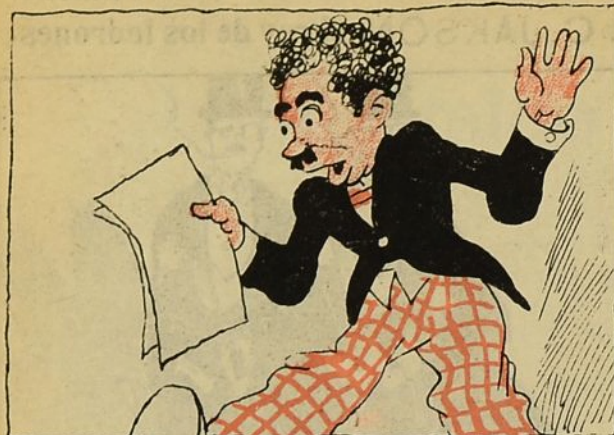


Mientras tanto el exprés corría vertiginosamente, y en uno de sus lujosos coches, un caballero de barba blanca y anteojos verdes, miraba con mucho interés el paisaje que recorría.



Era Cocoliche, que armado de su 42 tomaba pie sobre la cubierta del tren. Ya estaba otra vez sobre la pista. ¿Volverá a vencer? Lo veremos.

CHARLOT SOLDADO



Cuando estaba Charlot más descuidado la patria le llamó como soldado.



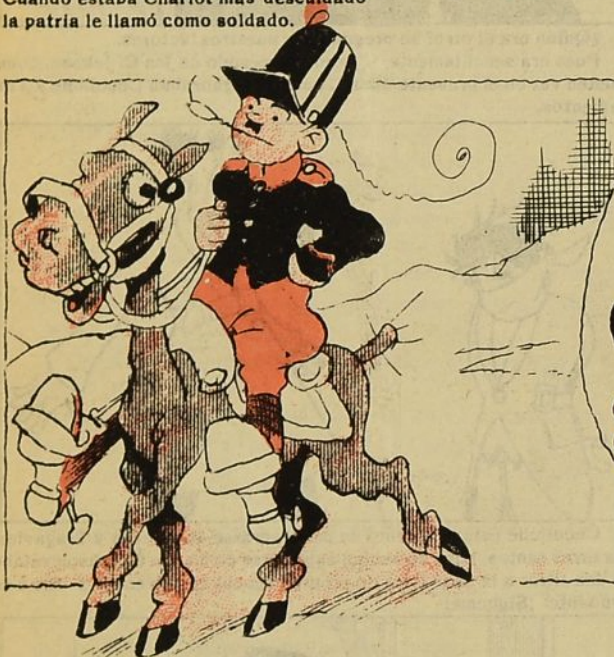
Y al momento marchóse hacia el cuartel con la ilusión de ser cabo furriel.



Llegó hasta donde estaba el regimiento y apuntó en la lista un feo sargento.



Los soldados, al ver que era un novato, a Charlot le tomaron por un gato.



Una tarde salió con su caballo para hacer de sus dotes un ensayo.

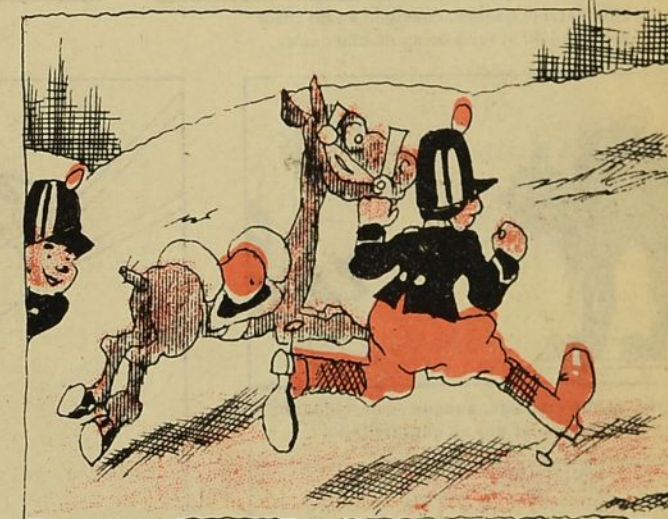


Pero dos compañeros se enteraron y una mala jugada se idearon.

Le vieron que tranquilo dormitaba y, al oír los ronquidos que lanzaba,



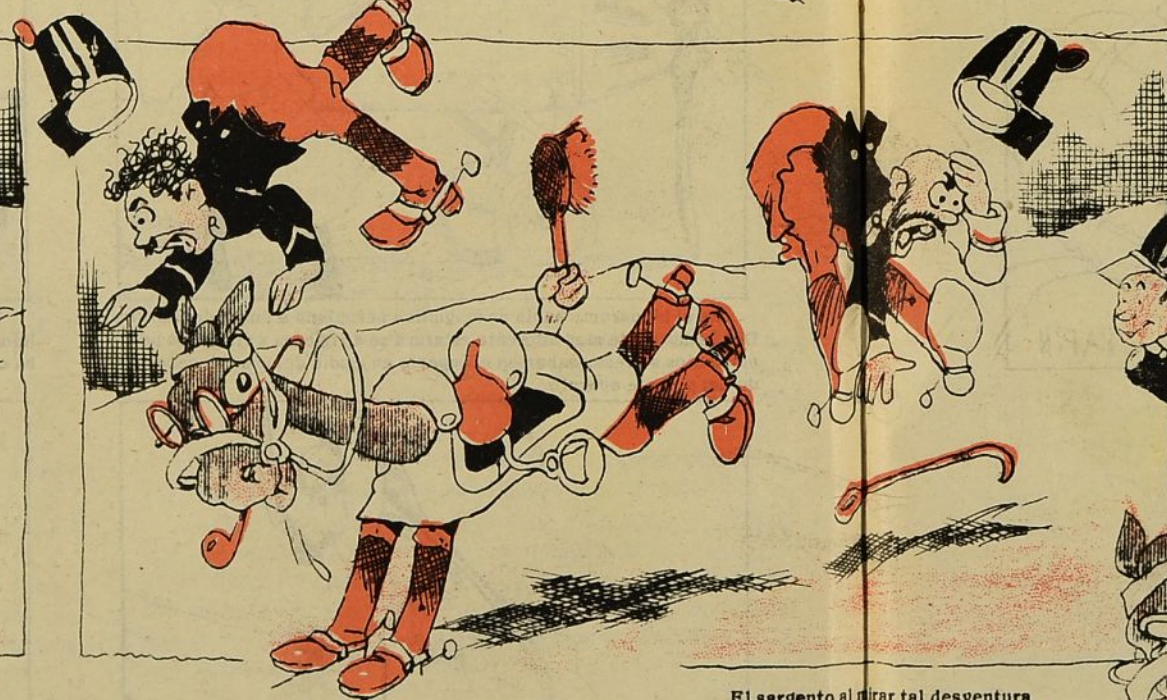
no quisieron perder tal ocasión para darle una broma al dormilón.



Y lo hicieron igual que lo pensaron, pues el flaco caballo le quitaron.



Una cabeza de cartón trajeron y los dos, de caballo se vistieron.



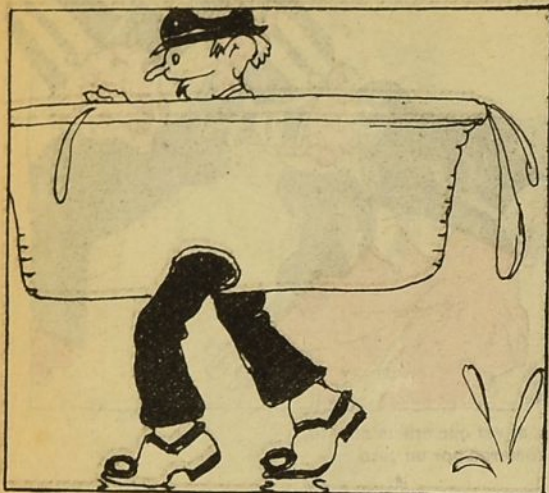
Cuando quiso Charlot en él montarse muy poco le faltó para matarse.



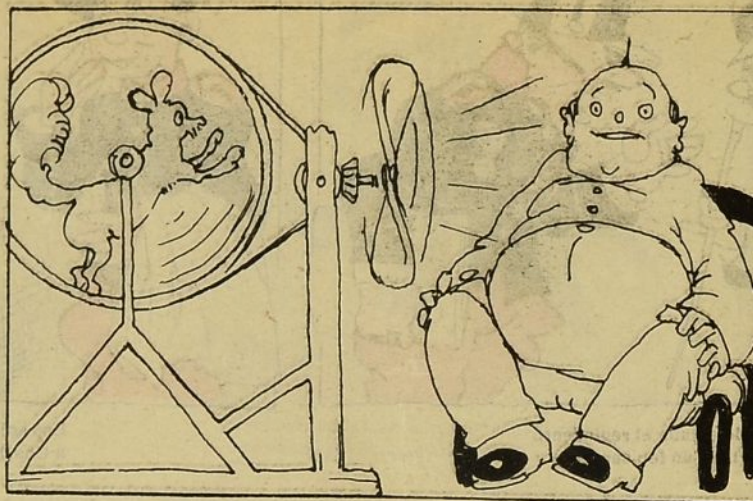
Y como ves, lector, en la viñeta, los soldados reían de su treta.

Y como ves también, lector amado, se quedó el buen Charlot desconsolado.

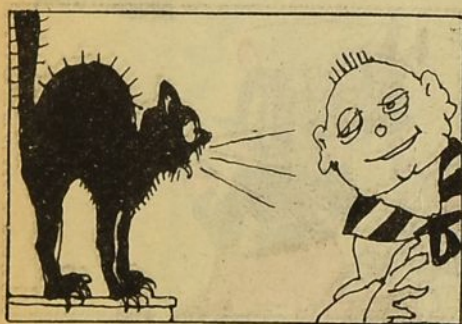
EL VERANO, por Papin



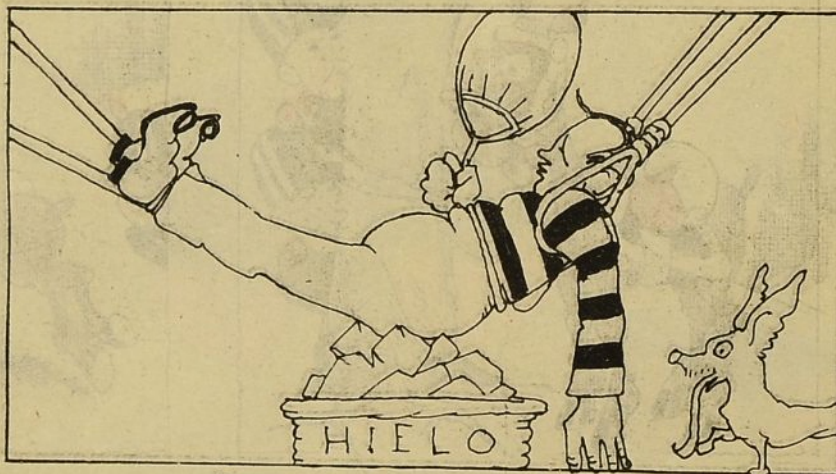
Con el traje bañera, consigue su inventor aliviarse en verano de su mucho calor.



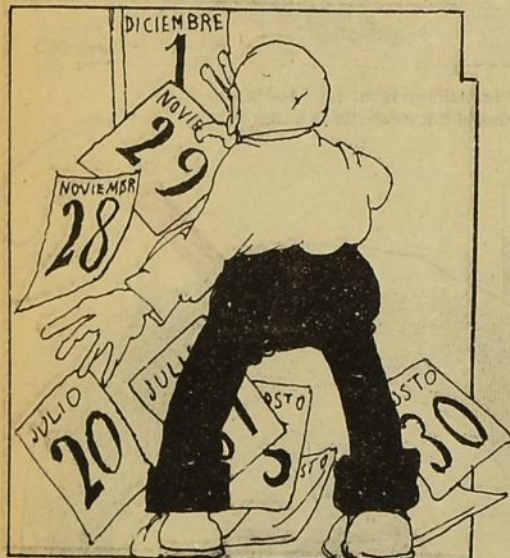
También aprovechando la manía de una ardilla, se consigue con ingenio, refrescarse a maravilla.



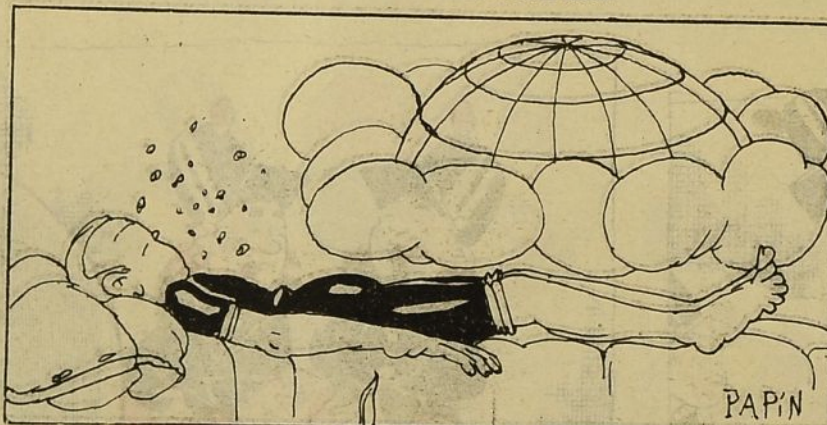
Otro medio consiste, aunque es de cuidado, en hacerse soplar por un gato irritado.



Es cosa que causa dulcísimo consuelo, estar de este modo en contacto con el hielo.



Del calendario los días, arranca este señor, para ver si se acaba de este modo el calor.



Todo el mundo comprueba en la noche estival, que resulta el poío norte, ser el sueño ideal.

¡PLANCHIA!



—¿Porqué lloras, niña, dí?
¿porqué anegan tus pupilas
esas lágrimas tranquilas
y tus labios de rubí?

—Enjuga tu acerbo llanto,

que si perfidias ajenas
te causan amargas penas,
te consolaré mi canto.

—¿Porqué lloras, dí, porqué...?

—¡So pelma, cálese usé!

—Cálmate, niña sencilla,

No llores por quien tirano...

—¡Si yo lloro por un grano
que tengo en la paletilla!

M. Terio

Colmos y



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribese Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

La Ortografía	por	C. Lairán
Chiste	por	Q. S.
En el tren	por	Leoncio

monadas



Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para Imprenta»

COLMOS

- El colmo de un encuadernador:
—Tener las muelas empastadas.
Luis M. de M.
- El colmo de un saltarín:
—Saltarse un ojo.
José Varela
- ¿Cuál es el colmo de un confitero?
—Hacer yemas de coco... liche.

SIN TÍTULO

A ver si haces como el abuelito, que llegó a Madrid con unas botas rotas y ahora tiene dos millones.
—¿Y para que quiere el abuelito dos millones de botas rotas?
J. Bernabeu

RESPUESTA TRANQUILIZADORA

—¿Crée V., doctor, que seguramente me salvaré?
—Infaliblemente.
—¿Pues?
—Vea V.—dice el Galeno sacando un periódico de su bolsillo—la estadística de su enfermedad; de cien enfermos se salva uno.
—¡...!
—Tranquilícese. He tratado yo noventa y nueve enfermos y todos han muerto felizmente para V., porque como V. hace el número ciento, ha de salvarse necesariamente.
E. de la Iglesia

ANUNCIOS GRATUITOS

Pastillas: Las del célebre doctor Zeleinbesglif; quitan la tos instantáneamente.

Colocación: La afamada completista Indalecia, conocida en todos los teatros por la *Estrella con rabo*, desea retirarse de las variedades y entrar de camarera en cualquier establecimiento de bebidas. Para informes dirigirse a cualquiera.

Oleo misterioso: Notable específico para hacer que «salga» el cabello de la cabeza. 15 pesetas el frasco. Cuidado con las falsificaciones en las que se dice que «sale» aún más pronto.

Por los anunciantes J. C. B.

SIN TÍTULO

Un niño dijo a su padre, (que era cojo, manco y tuerto):
Papá, si algún día falleces, vas a la gloria derecho.
¿Porqué rico?
Porque tú eres un papá muy feo, y dice el cura que es «raro» el hombre que entra en el cielo.
Quinito

CHISTE

En un Restaurant.
Cliente.—Camarero: sírvame unos pollos en salsa y que piquen.
Camarero.—Eso va a ser algo difícil.
Cliente.—¿Porqué?
Camarero.—Porque estando ya asados, ¿cómo quiere V. que piquen?
A. Sandoval

SIN TÍTULO

—¿Que tal la enferma?
—¡Ay, amigo!... Esta tarde se la llevaron al campo santo.
—¿Que campo santo ni que calabazas! Que remedios más cursis; llevarla a los baños y se pondrá buena en seguida.
Arquero

Dinero por alhajas y efectos

El cliente.—Muy buenas. Acaba de morir-se mi padre. A mi madre le ha dado un ataque. Un hermano mío se ha caído en el brazo y se ha abrasado la cara.
El prestamista.—Pero...
El cliente.—¿Qué efecto le ha hecho a usted tanta desdicha?
El prestamista.—¡Hombre, muy malo!
El cliente.—¿Cuánto da usted por él?
Joaquín de Arteche

Entre banquero e hijo

El hijo de un banquero pregunta a su padre:
—Dí, papá; ¿porqué dicen que la pluma es más poderosa que la espada?
—Porque con la espada, hijo mío, no se puede firmar un cheque.
Emilio Nicolás

ADIVINANZA

—¿En qué se parecen las manolas a la leche?
—En que se ponen en jarras.
R. Pardo

¡QUE LISTO!

Lloraba un niño porque había perdido dos cuartos que le había dado su abuelito.
Su padre, para que callara le dió otros dos cuartos. Ni por esas; el niño lloraba con más fuerza. Pero, criatura, le dijo el padre; ¿Porqué lloras? ¿No tienes ya otros dos cuartos? Sí,—repuso el niño—pero si no hubiera perdido los del abuelito, ya tendría cuatro cuartos.
Mariano Sáez Coscarja

MISCELÁNEA

En un figón.
Un estudiante, asiduo parroquiano, le regalaba una sortija de pelo a la cocinera el día de su santo.
—¡Que bonita!—exclama la favorecida.—Estará hecha con cabello de usted, ¿verdad?
—No, aseada maritornes; está hecha con los pelos que durante un año, he encontrado en los guisados que me has servido.
J. Granada

SIN TÍTULO

Luisito está tirando la cola del perro y su tía le regaña.
—¡Te va a morder!
—¡Qué! los perros no muerden por aquí.
Santiago Guila

PADRE E HIJO

—Oye, Luis, ¿qué quieres hacer tú cuando seas grande?
—

—Vo, papá, pues quisiera ser de esos que hacen calendarios.
—¿Y porqué?
—Pues, para poner tres domingos a cada semana
J. Llifob

LOS PAPAGAYOS

—¿Es verdad que los papagayos viven muchos siglos?
—Ya lo creo. Un amigo mío tiene uno en casa que está allí desde hace doscientos años.
—¿De verdad?
—Sí, pero disecado.
M. Brerising

UN ESTUDIANTE MUY FRESCO

Después de unos exámenes desdichadísimo, puso a su padre este telegrama:
«Latín suspenso. Conciencia tranquila. Voy».
Y el buen padre, le respondió al punto con este otro, más lacónico y más significativo:
«Te espero estación. Paliza segura. Ven».
F. Murcia

EN UNA ESCUELA

El profesor explica a Roberto, que un huevo acabado de poner si se echa al agua se va rápidamente al fondo, de dos días, queda entre dos aguas y de tres días, flota.
—Entonces—replica el niño,—si el huevo tiene un mes, necesitará un aeroplano.
José Andreu

CHARLOTERIAS

Charlot entra a comprar en un estanco con un duro más falso que Judas, (Q. E. P. D.) y la estancuera, que veía mal y entendía de plata peor, dió a nuestro hombre la vuelta y siguió despachando a otros.
El, que se precia de cortés, no se fué sin demostrarlo a su biehechora, y le dijo en el umbral, con una genuflexión muy significativa, estas palabras:
—Señora; mil gracias y que usted lo pase bien.
Matil D.

EQUIVOCACIÓN

Una señora sube a un tranvía, y creyendo reconocer a uno de los viajeros lo saluda; pero al momento se da cuenta de su error y para disculparse exclama:
—Dispense, caballero, lo había tomado por el padre de una de mis niñas.
Los viajeros sueltan una carcajada.
La señora era maestra de escuela.
Ricardo Castillo V.

EL MEJOR MOMENTO

El maestro.—¿Cuándo es el mejor momento para poder recoger la fruta?
—Cuando no esté el hortelano ni tampoco el perro.
Manuel Blanco

ACERTIJO

—¿Cuál es el animal que anda con las rodillas al hombro?
—El camarero.
Emilio Soler



PASATIEMPOS



Soluciones al núm. 72

CRUZ DE PUNTOS

CURIOSIDADES

Cuadrado. — SETA
ETER
TELA
ARAL

Triángulo silábico.

Cla ri ne te
ri ma ron
Ne ron
te

Charada. — Pecera.

Charada. — Sacarosa.

Jeroglífico. — Tercero.

Jeroglífico. — Casola.

Intermezo frutal. — Melocotón.

Adivinanza. — Caracol.

Fuga de vocales.

Si la paz que Jesús trajo
en el mundo, no domina,
es por causa de que muchos,
falsifican su doctrina.

ACRÓSTICO

P
A
S
A
T
I
E
M
P
O
S

Sustituir los puntos por letras, que cada línea forme el nombre de cosas de esta sección.

L. Ferreiro

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Escopeta Ebro

D. Quijote

Sustituir los puntos por letras, de modo que las líneas que forman la cruz, pueda leerse vertical y horizontalmente. 1.º Clase de sirvientas. 2.º En las farmacias. 3.º En los cafés.

J. Sainz

CHARADA

¡Cual de *prima tres*, me puse,
en la calle el otro día!
Si hay quien por ello me acuse,
un *todo* será, a fe mía.
Quiero yo, *tres prima* trajes,
al sastre, con muy buen modo,
que el que *tres dos*, sin embajes,
va a la sombra por muy *todo*.
Y juro por mis pecados,
que el *doble tres*, me exaspera
con sus gritos destemplados,
cuando le da la perrera.

J. Pesqueira

PASATIEMPO

Encontrar una palabra de cuatro letras, a la cual, variándole una, resulte:

- 1.º En la tahona.
- 2.º Mueble.
- 3.º Ceremonia religiosa.
- 4.º Río importante.
- 5.º Diosa.

E. López

FUGA DE VOCALES

Pr.m.t.r y n. c.mpl.r
f.ng.r y l.s.nj.r
t.n. y. t.nt.l.g.r
q..l q. n. s.b. m.nt.r
d.c.n q. n. s.b. h.bl.r

J. Yarza

TARJETA

León Rabac

Combinar las letras, de modo que resulte el nombre de una gran ciudad española.

F. Carbajal

TARJETA

Glosanta

Con estas letras debidamente combinadas, formar el nombre de habitante submarino.

R. Gavarrón

LA CAZA DE LA PERDIZ

Al E. de Goritzia y próximo al torrente de Vertoibizza (Roma), existen grandes extensiones pobladas de monte bajo, abundantísimas en perdices, hasta tal punto, que lo numeroso de estos animalitos cubren a su descenso grandes llanuras, produciendo un efecto sorprendente verlas de nuevo levantar el vuelo.

De por sí desconfiados, en cuanto ven al hombre, por lo mucho que las castiga con las armas de fuego, emprenden la huida y como casi resulta imposible su caza, un labrador llamado Peironcelli, ideó el modo de matarlos sin ser visto, y que consiste en lo siguiente:

Hace una pequeña zanja cubriéndola con ramas y maleza, para ocultarse a la mirada de las aves y en ella se introduce.

Sobre la superficie coloca un burro trabado, para la inamovilidad de las patas, completamente rapado por los lomos, a los que dá un brochazo de sustancia gomosa y sobre ella deposita trigo suficiente hasta cubrir la citada sustancia, semilla que como es natural, queda adherida al pelo del animal, al endurecerse la misma con los efectos de los rayos solares.

El borrico tiene atado a la punta del rabo, formando péndola, la mano de un mortero o almirez de cobre, y claro está, las aves, al divisar desde la altura tan sabroso alimento para ellas, y viendo que no se trata de un ser racional, acuden presurosas, picando sobre el lomo del borrico para comerse el trigo, y entonces el rocín, al sentir el cosquilleo de los picotazos, suponiendo que son moscas u otros insectos mortificantes, comienza a espantarlos con la crin del rabo y el cual, al moverle, deja caer la mano de almirez sobre las aves y de ese modo van muriendo.

Una vez en el suelo, saca el brazo el cazador de su escondite y va depositando las muertas dentro la zanja.

Este procedimiento, se ha generalizado de tal forma en Goritzia, por lo económico y productivo, que muchos labradores, imitando a Peironcelli, han mejorado notablemente de fortuna, con los beneficios obtenidos en los mercados, con el producto de la venta de esa clase de caza.

Alfonso Díaz García

Tip. Lit. E. Estadella. — Vallfogona, 24 a 28 :: Barcelona :: Teléf. G. 7188

RAUSCA y SANCHEZ

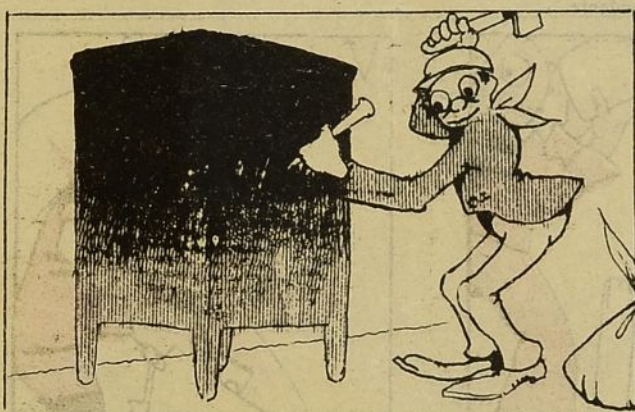
POR C. Rojo.



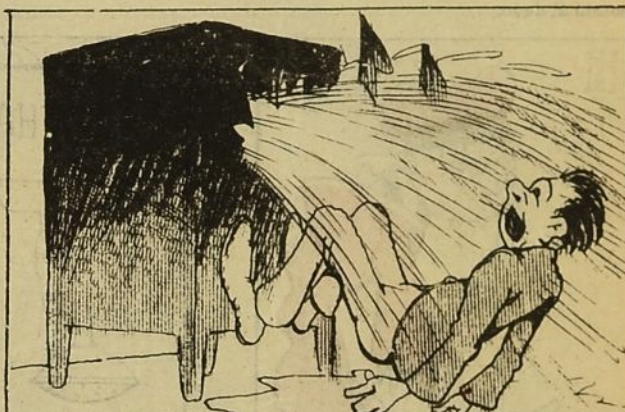
En el Museo de Historia venían sucediéndose tan continuados y escandalosos robos...



Que al célebre y celoso policía Sánchez, se le ocurrió transformar la caja de un acuario en acerada y codiciada arca.



Llegada la noche, llegó Rasca, y creyendo que aquella arca contendría algún tesoro escondido por los moros...



recibió un remojón de primer orden, y siguiendo el orden, quedó a disposición de Sánchez, inventor de la trama.

CORRESPONDENCIA

L. Ferreiro: El cuento está bien ideado, pero la frase que aparece, lo afea mucho. Sebastián Noval: En su grata se ha olvidado indicar su domicilio; sírvase decírnoslo para enviarle los ejemplares. Andrés Piera: En el núm. 68 concluye el cuento. Se aprovecharán las ideas de los dibujos que envían y se irán publicando conforme el tiempo y espacio nos lo permita, pues requieren ser reformados por profesionales. J. Gallardo: Todos pueden enviar lo que gusten. Margot: Lo que envía, ya lo tenemos enviado por otros. A. A. Fernández: No van. A. Sandovai: Se irán publicando los pasatiempos. Tarugo: Nuestro deseo es el mismo que el de ustedes y, haremos lo posible para que así sea. A. Fernández: Convendría saber el final de la historia; el ser tan larga es un inconveniente. L. Leal: Los originales para pasatiempos, se envían acompañados de sus correspondientes soluciones. A. Yñarritu: Se irán publicando conforme les toque el turno. A. Gómez: Dado el exceso de original que tenemos, nos es imposible adquirir compromisos. J. Yarza: Esperan turno. Marianojuan: Se recibió la carta. M. Porrita: Lo que envía, lo han enviado otros también. El punto negro, Los dos, Mis Lianty y demás bandidos: Les dice Cocoliche, que no se arredra aunque le lluevan las bandas, los bandazos y las bandejas, pues tiene suficiente nariz para todo.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

F. Canete, Un aficionado, B. Caballé, F. Falete, V. Yrisarri, A. Quisilant, S. Viger, C. Escala, S. Noval, J. Martín, L. Leal, Fernández Bustamante, R. Núñez, J. Gallo, A. Piera, A. Aznar, J. Caballero, A. González, M. Guirau, Fúcar XXI, A. Rojas, A. Yñarritu, O. y P. Fernández, Bautista G.

"CHARLOT"

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración:

Putchet, 37 - Barcelona

Precio de Suscripción:

Trimestre 1'50 ptas. Extranjero 4 ptas.

Semestre 3' — " " 8 "

Año 6' — " " 15 "

Número corriente: 10 céntimos

Atrasado: 20

Cocoliche y Tragavientos

Graciosos episodios detectivescos: - Precio: 5 céntimos

TÍTULOS PUBLICADOS

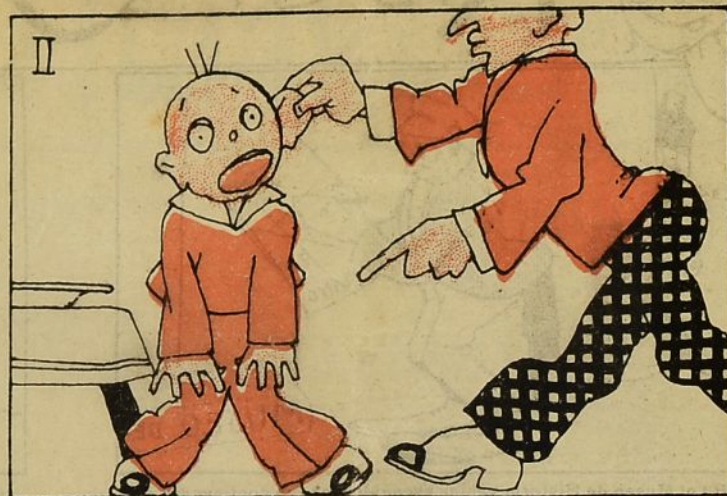
El millonario James Jamas.—La banda del Dr. Guakson.—La poesía envenenada.—Zigomar.—¿La muerte de Nick Winter?—El invento de Cocoliche.—La gran guerra.—El rey de los apaches.—Margot la roja.—Rival de Sherlock Holmes.—Los juramentados de la serpiente roja.—La banda del Lirio negro.—El rey de los detectives.—Un crimen en la casa Keystone.—Los Vampiros alicantinos.—La banda del Sifón Rojo.—El club de los suicidas.—La X misteriosa.—Una excursión al infierno.

Ayuntamiento de Madrid

CHORLITO Y LA TINTA ROJA, por Papin



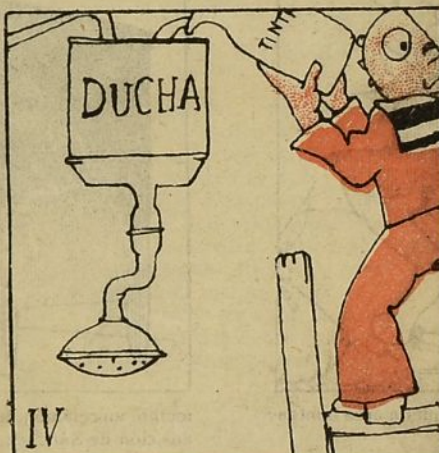
I
Halló Chorlito en una bandeja, cierta cantidad de dulce tan sabroso, que no pudo resistir a la tentación y metió el dedo.



II
Observado por Severo, su preceptor, recibe a cambio de lo lamido, un tirón en el siniestro pabellón auditivo, dilatándose de una manera sorprendente.



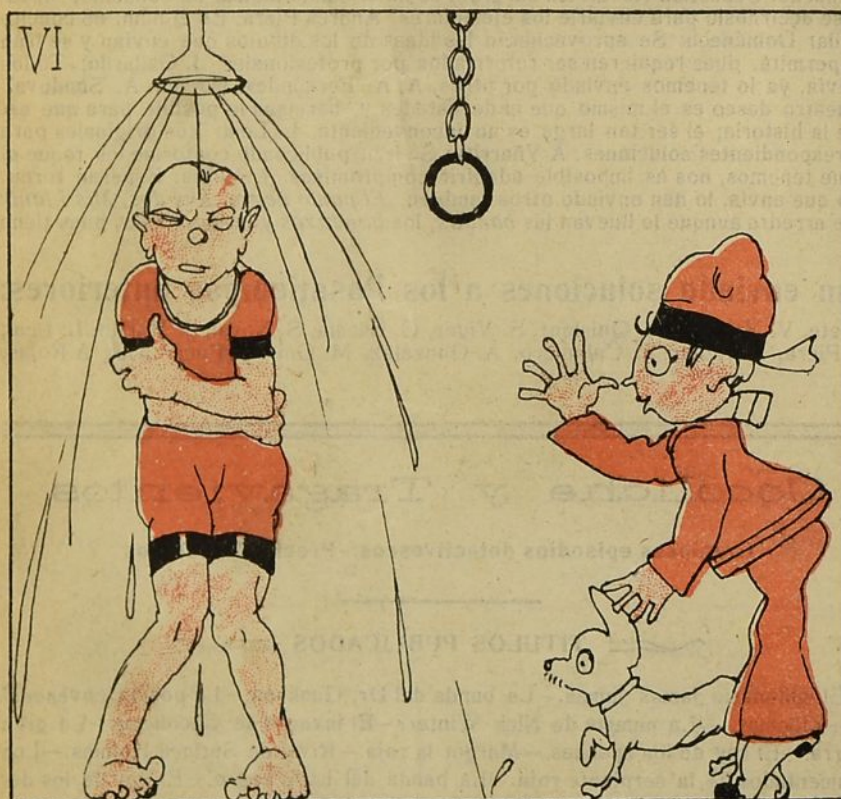
III
Puede observarse en el presente dibujo el efecto que a Chorlito le produjo la caricia.



IV
Mas, fecundo en ideas vengativas, imaginó el medio de burlarse a su vez de su inquisidor.



V
Y dijo el ayo: Ya que el calor sube, voy a ducharme el pellejo por lo que pueda ser.



VI
Y Chorlito se rió tanto del chasco que le pasaba a su preceptor, porque este, con los ojos cerrados por efecto del líquido no veía que el mismo era de calidad tintórea...



VII
y de efectos desastrosos...!